

LA INTEGRIDAD NACIONAL.



PERIODICO POLITICO.

DIRECTOR: ANTONIO G. LLORENTE.

2.ª Serie.

ESTE PERIÓDICO
se publica los días 3, 6, 9, 13, 17, 20, 24, 28
y último de cada mes.

Madrid: 9 de Mayo de 1870.

REDACCION Y ADMINISTRACION:
Calle de La Farmacia, número 13,
cuarto principal.

Núm. 19.

CUESTION DE DERECHO INTERNACIONAL.

En un larguísimo suelto, que más bien llamaríamos artículo, asegura *La Epoca* que ha estado á punto de surgir un conflicto diplomático (que aún no está conjurado) entre nuestro Gobierno y los de Inglaterra y Estados-Unidos, por haber capturado nuestros cruceros tres buques de esas naciones, sin llenar las formalidades exigidas por el derecho marítimo internacional. Al mismo tiempo segun ese periódico, los Gobiernos de esas naciones indican que de aceptarse la declaracion de buena presa hecha por un tribunal español, seria confesarse en estado de guerra, y daria motivo á que se reconociera como beligerantes á los filibusteros, por la nacion cuya nave fué capturada.

Pero lo más grave de ese escrito, no está en esto, sino en apuntar que el Gabinete de Madrid ha tenido que ceder ante las instancias de los de Washington y Londres, viéndose obligado á devolver uno de los buques apresados á pesar de la resistencia de las autoridades de Cuba, en cuyas aguas tuvo lugar la captura.

Insinuar que España ha sido intimidada, y decir á renglon seguido, que muchos ciudadanos ingleses y norte-americanos han sido víctimas en Cuba de actos de violencia injustificada, por suponerseles cómplices de los filibusteros, no diremos que sea alentar á sus Gobiernos para que nos asedien con nuevas é impertinentes reclamaciones, pero sí nos parece que apoyados de tal manera por un periódico serio de Madrid, se creerán autorizados para juzgarse *atropellados* todos los extranjeros que en lo sucesivo sean sorprendidos haciendo causa comun con los rebeldes, si las autoridades, haciendo uso de su derecho legitimo, los detienen para impedirles que sigan dañándonos con su complicidad.

Antes de seguir adelante, bueno es consignar que en cuantos casos de esta naturaleza se ha visto el Gobierno forzado á intervenir, siempre ha tenido la generosidad de entregarlos á sus respectivos cónsules, aún despues de probada la culpabilidad, contentándose con exigirles que salieran del territorio de Cuba. Aún recordamos, entre otros muchos, el caso concreto de la barca *Galvunic*, en que siendo sorprendidos simultáneamente en ella cubanos é ingleses, sin embargo de que el tribunal competente dictó sentencia condenatoria contra todos, los súbditos españoles vinieron á España á cumplir su condena de presidio, mientras que á los extranjeros se les expulsó simplemente de la Isla.

Tal error de apreciacion de ciertos hechos, hace que no nos sorprendan otras aseveraciones referentes á infraccion por parte nuestra de las reglas del derecho internacional y del derecho de visita, así como alguna opinion que hemos oido emitir sobre la declaracion de beligerancia.

Antes que nada negamos los hechos aducidos, y si duda hubiéramos abrigado, la habria destruido la declaracion de *La Iberia*, que por su carácter semi-oficial, puede considerarse como emanada del Gobierno.

El registro hecho por nuestros cruceros de un buque extranjero en alta mar, contra el que hay sospechas y datos de sobra para suponer que lleva armas y municiones á los rebeldes cubanos, siempre constituirá un derecho inconcuso en toda nacion que se halle en nuestro caso; y si duda nos quedara de ello, aún están recientes en la memoria de todos las pesqui-

zas y capturas hechas por los buques norte-americanos, fuera de sus aguas jurisdiccionales, de buques neutrales que favorecian á los separatistas, y las más recientes todavia hechas por los ingleses de buques cargados de armas para los fenianos.

Y es que el derecho de visita sobre los neutrales siempre se consideró como uno de los males inevitables de la guerra, comprendiéndose bajo la voz genérica de «enemigos» no sólo al que ataca á una nacion colectivamente, sino á los que tratan de destruir el Gobierno establecido en ella.

Una nacion puede hallarse en estado de guerra, no sólo cuando la sostiene con otra, sino tambien cuando parte de sus súbditos se subleva contra el poder central, ó cuando una ó varias provincias le niegan su obediencia poniendo en peligro la seguridad del Estado. — Si cuando la lucha es de partidos, y responde sólo á un cambio de principios en la gobernacion del Estado, tiene aquel carácter, ¿cómo negárselo cuando su tendencia es á desmembrar la nacion?

Negar á una nacion que lidia con sus propios súbditos, los recursos y medios de defensa que se le conceden mientras está en hostilidades con otra, es desconocer las nociones más simples del derecho internacional.

Los súbditos rebeldes jamás gozan las consideraciones de beligerantes; pero esto no obsta para que el Poder que se ve atacado por aquellos adopte todos los medios de represion y todas las garantías de defensa que usaria contra los súbditos de otra nacion con la que estuviera en guerra ó con los neutrales que la favorecieran.

Si la tendencia de toda guerra, ya sea intestina ya extranjera, es hacer el mayor daño posible á la potencia que es víctima de tal azote, ¿en qué razon puede fundarse el conceder á los buques neutrales que favorecen á los rebeldes, una impunidad que no disfrutan cuando auxilian á un beligerante? ¿Por qué considerarlos exentos de visita y pesquisa en un caso y en el otro nó, cuando idéntico daño van á causar á la potencia amiga? Esto es insostenible en derecho, pues siendo más grande la culpa, es imposible concederles una inviolabilidad que no gozan entre los beligerantes: si en un caso, al querer tratar la neutralidad, se convierten en aliados clandestinos de otra potencia, y disfrutan las consideraciones de prisioneros de guerra al ser capturados; en el otro son cómplices de los rebeldes, incurren como ellos en el delito de traicion y se hacen acreedores á igual pena, pues no es lo mismo contribuir á una guerra leal y declarada, que tomar participacion en las revueltas interiores de otro Estado.

Si España estando en guerra con otra potencia tiene un derecho perfecto para registrar los buques sospechosos que se acercan á sus costas, aún sin entrar en sus aguas jurisdiccionales, con mucha más razon puede hacerlo con aquellos que hoy se dedican á favorecer la rebelion con repetidos alijos de armas y filibusteros; y hay que advertir que hasta hoy no se ha ejercido ese derecho de visita, sino sobre los que salian de los puertos de los Estados-Unidos ó las Bahamas, despues de haber hecho alarde manifesto de la mision que iban á desempeñar. Los informes de nuestros cónsules, y otros datos fehacientes han dado ocasion á ejercer ese derecho, siendo confirmado luego por el exámen de esos buques y por otros indicios ó pruebas de su culpabilidad.

En estos casos los tribunales de presas han obrado segun las reglas usuales y en con-

ciencia, y si siguiendo práctica constante se ha dado conocimiento á los representantes de las naciones á que pertenecian esos buques, sus reclamaciones ulteriores pueden haberse basado en razones valederas para modificar sus sentencias. Aun contra nuestros tribunales superiores hay siempre el recurso de alzada, y el de presas no está exento de que sus resoluciones sufran igual suerte y hasta sean revocadas, pues en último resort se oye no solo á los interesados, sino á sus gobiernos. De esto á una intimidacion, hay una distancia inmensa.

De todas estas consideraciones se desprende que España ha ejercido un derecho que nadie puede negarle al verificar esos actos consumados; pues no solo se ha atemperado á las prácticas constantes de Inglaterra y los Estados-Unidos; sino que se ha ceñido á los principios del derecho internacional marítimo aceptado por todas las naciones civilizadas. Sostener que sólo en flagrante delito de desembarco ú hostilidad en sus costas, es cuando España puede obrar, es tanto como dejarla indefensa. Cuando ostensiblemente ha salido un buque cargado de hombres y municiones para Cuba, ¿debian las autoridades españolas y nuestros buques de guerra permanecer impasibles, y respetarlo hasta que tocara en la costa? Esto seria irrisorio, y los mismos Estados-Unidos que jamás consideraron como beligerantes á los Estados del Sud, no abrigaron tales escrúpulos, y capturaron buques de los que ni siquiera intentaban romper el bloqueo, pero que en cambio habia motivos bastantes para considerarlos como relacionados con los separatistas. Y esta conducta con los buques neutrales era lógica, cuando por una proclama del año de 1861 el presidente Lincoln declaraba piratas á todos los corsarios del Sud; y era natural que cuando con estos mostraba tal rigor, no dejara impunes á los que hacian el daño de otra manera.

Pero como tanto se ha debatido este derecho de visita, nosotros vamos á probar con una autoridad irrecusable, que si bien durante la paz se necesita que sea reglamentado ó autorizado por tratados especiales, cuando las naciones están en estado escepcional pueden ejercitarlos sin que estos existan; el principio de conservacion y de propia defensa lo justifica, siendo generalmente aceptada esta teoria con tal de llenar ciertas formalidades.

Vattel, en su derecho de *Gentes*, tit. 3.º párrafo 111, dice lo siguiente: «Si el derecho de necesidad me autoriza suficientemente cuando se ofrece la ocasion para apoderarme de lo que á otro pertenece, ¿no podrá autorizarme tambien á que detenga todas las cosas pertenecientes á la guerra que los pueblos neutrales conducen á mi enemigo? Aunque debiese por esto hacerme otros tantos enemigos de esos pueblos neutrales, me convendria arriesgarlo todo, más bien que dejar fortificarse al que me está haciendo la guerra;....»

Y en el párrafo 113 añade: «La que hace la guerra tiene el mayor interés en privar á su enemigo de toda asistencia extranjera, y tiene por esto el derecho á mirar, si no como á enemigos, á lo ménos como á gentes que se cuidan poco de perjudicarle, á los que llevan á su enemigo las cosas que necesita para la guerra, y los castiga con la confiscacion de sus mercancías: de modo que si el soberano de éstas emprendiese protegerlos, seria como si él mismo quisiese suministrar esta especie de socorro, lo que se tendria por un paso contrario á la neutralidad....»

Y en el párrafo 114, dice: «Es imposible impedir el transporte de los efectos de contra-

bando de guerra, si no se visitan los buques neutrales que se encuentran en el mar, y por consiguiente hay un derecho de visitarlos....»

En una obra reciente, pero que por su alto mérito se considera ya como libro de consulta en todas las cancillerías de Europa, gracias á la manera lucida y exacta con que ha condensado en reglas y preceptos los principios de derecho de gentes admitidos en todos los pueblos civilizados, hallamos algo que corrobora y es plana lo ya dicho por Vattel hace tanto tiempo. En esa obra se lee: «Si los buques ó mercancías no son expedidas con destino á un puerto neutro, sino como un pretexto para mejor ayudar al enemigo, se considerará como contrabando de guerra y la confiscacion estará justificada.»

«La visita consiste solamente en el exámen de los papeles del buque. En caso de sospechas graves podrá ser registrado, y podrá ser capturado cuando contenga contrabando de guerra.»

Nos hemos extendido tanto, porque no nos explicamos que *La Epoca* venga á abogar en nombre de ciertas potencias extranjeras, para que sus pabellones cubran y protejan á sus nacionales en Cuba. ¿Cuándo ha dejado de suceder esto? ¿No sabe mejor que nosotros *La Epoca*, que nuestras leyes los han amparado más que sus respectivos pabellones? ¿Cómo olvida que si de algo han pecado nuestras autoridades es de excesiva benignidad con los que aparecen culpables? Lo mismo en presas marítimas, que en la complicacion de extranjeros en la rebelion, ¿no se ha dado una intervencion continua y casi excesiva á sus respectivos cónsules, que no tienen carácter alguno diplomático, para que adquirieran la evidencia de la legalidad con que se obraba? ¿Se pretende acaso que despues de probada su culpabilidad, además del generoso perdon que obtenian, se les diera tambien un premio?

No son los momentos presentes los más oportunos, para alentar ni dar pretexto á los Gabinetes extranjeros para ingerirse en nuestros asuntos; pues cuando la rebelion cubana agoniza, suscitar reclamaciones y dificultades internacionales, no haria mas que neutralizar el efecto de nuestras armas.

El verdadero patriotismo está en combatir las infundadas ó exorbitantes pretensiones de otros gobiernos, y no en apoyarlos de manera que mañana puedan utilizar como un argumento en contra nuestra, calificándolo como una expresion de la opinion pública.

Si en los tribunales de presas, ó en los criminales no se han llenado todas las formalidades requeridas, están en su lugar las reclamaciones, y hasta la revocacion de las decisiones, si proceden; pero si la conducta de esos funcionarios ha sido irreproachable, y las sentencias ajustadas estrictamente á nuestras leyes, ¿con qué derecho vendria ninguna potencia extranjera á invadir nuestra soberania, y á exigir la impunidad de aquellos de sus súbditos que hacen causa comun con nuestros enemigos? Nada más natural que gestionen su perdon; pero no lo es que se presente como un derecho lo que lo más debiera ser una súplica, y que se acrimine, por decirlo así, á los que con sobrada razon se indignan contra impunidades sistemáticas, que no han producido más resultados que aumentar los cómplices del insurgentismo.

A continuacion reproducimos un suelto de *La Iberia*, periódico que por sus relaciones con el Sr. Ministro de Estado, da cierta auto-

ridad á lo que manifiesta, y casi puede considerarse como una rectificación semi-oficial:

«Sentimos que *La Epoca*, cuya reputación de periódico serio puede sufrir algún menoscabo si acoje con ligereza en sus columnas noticias falsas de alguna gravedad, publique en sus columnas de anteayer, y en un extenso artículo de su segunda edición, las que se refieren á las importantes correspondencias que dice recibidas de Inglaterra y América.

Si sus corresponsales le sirven de ese modo, preciso es confesar que está fatalmente servido.

No es exacto que el Gobierno encuentre la menor dificultad en las autoridades de Cuba para que se ejecuten sus disposiciones.

Es inexacto asimismo que la balandra anglo-americana *Champion* esté detenida *hace muchos meses*, como afirma *La Epoca*. Fué detenida el 20 de febrero, día en que llegó de arribada forzosa á Santiago de Cuba, con cinco tripulantes; y como del registro que presentó el capitán resultaba que salió con diez de Los Cayos, y habia otras noticias que daban fundado motivo á sospechas, se procedió á formar las averiguaciones correspondientes.

La captura del buque *Mary Lovell* es en efecto antigua; pero lo es casi tanto la noticia que como reciente le dá á *La Epoca* su corresponsal de Londres respecto á haber convenido el Gobierno inglés en que la captura no habia tenido lugar en aguas jurisdiccionales inglesas. El tribunal de marina del apostadero de la Habana lo declaró así, y el gobierno inglés se apresuró á conformarse con esta declaración. Ahora parece que los Estados-Unidos *tratan* de reclamar sobre el apresamiento de dicho buque, por haber tenido lugar en alta mar y ser el buque americano; pero hasta ahora se ha limitado aquel gobierno á pedir el espediente seguido en el apostadero de la Habana, sin duda para estudiarlo y ver si procede la reclamación.

No es cierto que tuviera que fugarse el cónsul americano en Santiago de Cuba. *La Epoca*, que también enterada pretende estar de lo que ocurre en la isla de Cuba, no puede ignorar lo que sucedió con dicho agente, autor de un escrito calumnioso é infamante contra los defensores de España, que después retractó bajo su firma, y por último se marchó de Cuba, de día y acompañado (sin que hubiera necesidad de ello) por el secretario del Gobernador. *La Epoca*, como los demás periódicos, habrán insertado la relación de este suceso.

Las relaciones de España con Inglaterra no han estado expuestas á conflicto de ninguna especie con motivo de reclamación sobre hechos ocurridos en Cuba. Es una invención del inspirador de *La Epoca*. Tampoco lo han estado las de los Estados-Unidos, aun cuando haya habido asuntos que hayan exigido más ó menos insistencia por una y otra parte en conseguir lo que cada cual consideraba más conforme á su derecho, pero zanjándose todas las dificultades en los mejores términos.

No hay motivo para que nadie pueda decir con razón que sobre la voluntad de las autoridades de Cuba y de las Cortes se levantan poderes á ellas superiores y absolutos.»

EL GOBIERNO Y LA INTERINIDAD.

El Presidente del Consejo de Ministros, contestando al discurso del Sr. Ardanaz en la sesión del viernes último, hizo algunas importantes declaraciones y aseguró solemnemente que sólo quedaba á la interinidad una vida de mes y medio ó dos meses. Con júbilo escuchamos esta promesa del general Prim, que encierra para toda la nación la más halagüeña de las esperanzas; y aunque es fama que los acontecimientos han venido á contradecir más de una vez á este distinguido personaje, es tanta la ansiedad que tiene el país por verse constituido y tan grande la inclinación que siente el corazón humano hácia todo aquello que le complace, que sus palabras fueron acogidas en la Cámara con verdadera alegría y han obtenido, estamos seguros, el entusiasta aplauso de todas las clases conservadoras.

Largo parecerá, no obstante, el plazo de dos meses en un pueblo cuyas fuerzas vitales se están consumiendo, cuya hacienda se halla en un estado próximo á la ruina y cuyo crédito ha descendido de un modo bien deplorable en todas las Bolsas de Europa.

Dos meses para dar término á la interinidad es mucho, es demasiado tiempo: en este período pueden surgir obstáculos más poderosos que la voluntad del Sr. Conde de Reus; puede alterarse el orden público por efecto de predicaciones subversivas; pueden romperse más y más los vínculos que unen á la mayoría, y pueden, en fin, enconarse los ánimos y ser más difícil toda solución pacífica.

Los hombres que no toman parte en la lucha

febril de los partidos políticos, esos hombres que viven en el trabajo y del trabajo y que son los verdaderos víctimas de nuestras continuas discordias, han recibido con alborozo la promesa del jefe del Gobierno, pero han lamentado que éste no haya asegurado, inspirándose en la opinión popular, que ya se trabaja activamente para sacarlos de esta incertidumbre preñada de temores que aletarga la industria, que paraliza el comercio, que mantiene ambiciones ilegítimas, que dá margen á criminales proyectos y que aleja de nuestros mercados los capitales extranjeros, y de nuestras ciudades y de nuestras aldeas á multitud de familias acomodadas.

Nosotros, que no tenemos, ni queremos tener la representación de ninguna parcialidad, que vivimos igualmente alejados de todas, que aspiramos tan sólo á ver engrandecida la nación sin que nos importe el nombre de sus gobernantes, creemos ser en este caso los intérpretes de esos hombres sin partido que fomentan la riqueza nacional y contribuyen poderosamente á la prosperidad y á la importancia que España pueda adquirir.

Hemos venido al estadio de la prensa con el firme propósito de no quemar incienso en aras de ninguna personalidad ni de hacer á nadie violenta y sistemática oposición; y como no tenemos aspiraciones personales de ninguna especie que satisfacer y sólo queremos ser simples obreros de la regeneración de nuestra patria, deseamos no más que ésta se formalice sin demora y nos abstenemos de cantar las excelencias de cualquiera de los candidatos á la suprema magistratura.

Dispuestos estamos á reconocer al que la nación elija por soberano, y Dios quiera que, imitando todos nuestros compatriotas esta conducta, cierren el período de las discordias civiles, causa perenne de nuestra desdicha, y trabajen de consuno al fomento de los intereses materiales y morales y á la reivindicación del puesto que nos pertenece en los consejos de la diplomacia. Lo que urge principalmente es que nos constituyamos y así lo reconoce el general Prim al decir:

«El Sr. Ardanaz se queja de lo que nos quejamos todos: se lastima de lo que todos nos lastimamos: de que continuemos en la interinidad.

«Todos queremos salir de la interinidad. ¿Cuándo será eso? ¿Cómo será eso? ¿Cuál será la solución que las Cortes Constituyentes en su elevada sabiduría determinen? Creo, señores diputados, que no es este el momento de decirlo; pero para satisfacer al Sr. Ardanaz, si he de decir que estoy completamente de acuerdo con S. S.; que antes que los señores diputados se separén, es preciso que haya una solución.»

Mucho insistimos en aconsejar al Gobierno y á las Cortes Constituyentes que den término á la interinidad; la importancia del asunto exige de nuestra parte esta insistencia, y las palabras del señor general Prim, al engendrar en nosotros una dulce esperanza, nos obligan á persistir más y más en nuestro empeño. Urge, repetimos, que el país se constituya y urge que se constituya definitivamente. Conceder al regente del reino las facultades constitucionales, nos parecería un progreso, pero un progreso insuficiente, y si esto entiende el presidente del Consejo por «el coronamiento de la obra», creemos que su lenguaje carece de propiedad y que mejor podría asegurar entonces que la interinidad se revestirá de nuevas formas para continuar indefinidamente. Y si así nos expresamos, es porque no falta quien da esta interpretación, en nuestro sentir torcida, á las aseveraciones del señor conde de Reus. Es imposible que tal haya sido su intención al dirigirse á la Cámara, tanto más cuanto que sus explicaciones no eran en aquel momento indispensables. Además vimos en sus palabras el lenguaje de una convicción profunda, y si el señor presidente del Consejo hubiera tratado de encubrir hábilmente su pensamiento habria cuidado de ser más parco de declaraciones para no «perder de vista aquel axioma político, aquel principio seguro é incontestable, de que el hombre de Estado, el hombre de gobierno, nunca ni en ningún caso debe decir nada más, cualquiera que sea la excitación que se le haga, y parte de donde quiera, que lo que está en su pensamiento, en su plan y en la conveniencia de los intereses políticos que le están confiados.»

El señor conde de Reus habló porque debía

á la opinión pública su promesa, promesa que debe cumplir y que cumplirá. Los acontecimientos podrán ser más poderosos que los deseos de S. S.; el plazo que S. S. ha marcado podrá no ser bastante, sobre todo si, con la incuria que es á nuestros gobiernos característica, no se trabaja desde luego para dar inmediata solución al problema monárquico; pero su señoría—no hay que dudarlo—quiere salir de la interinidad y lo quiere con esa energía que tanto le distingue y que sus mismos adversarios le han reconocido en todo tiempo.

Abórese resueltamente la cuestión de la interinidad, resuélvase pronto, y el Gobierno obtendrá el aplauso de las clases laboriosas y la gratitud de la nación entera.

LAS COMISIONES DE LAS ADUANAS EN CUBA.

Pocos días hace que presentábamos á nuestros lectores la oportunidad con que se restablecieron las comisiones inspectoras de las aduanas en la isla de Cuba, los favorables resultados que han producido á nuestro Tesoro y la conveniencia de que continuaran en el ejercicio de su misión; y otra vez tenemos que hacer hoy nuevas indicaciones en defensa de este servicio, que se empeñan unos pocos en desacreditar en la prensa de la Península.

Y téngase en cuenta que no tratamos de inculpar á los individuos encargados por el Gobierno de la administración pública, al encarecer los ventajosos resultados de la vigilancia de las comisiones; seguros estamos de que las autoridades elegirán con tino las personas á quienes confíen la gestión de asuntos que importan tanto para el bienestar del país, y de que buscarán con esmero empleados probos que no puedan ser nunca causa de desconfianza para los habitantes de las Antillas. Pero si creemos que la Administración en conjunto responderá fielmente á las exigencias del deber, si estamos convencidos de que el propósito del Gobierno español ha sido siempre el mantenimiento de la justicia, no podemos dejar de conocer, sin embargo, que ha habido algunos que, dando al olvido la importancia de la misión que se les confiaba, y las consecuencias que podría acarrear su conducta, han desatendido los intereses que estaban llamados á defender, y han sido causa de murmuraciones escusables.

Sensible es la existencia de ciertas faltas que merman el prestigio de la carrera administrativa; objeto de preferente solicitud debe ser su enmienda para los gobiernos discretos; pero ni pueden considerarse aquellas como propias sólo de un sistema determinado, ni sería justo envolver en una misma responsabilidad á tantos individuos que han consagrado una vida llena de honradez y de trabajo al servicio de la administración pública. En todos los países han existido abusos; en todas las épocas se han presenciado escandalosas defraudaciones, y nadie ha intentado sin embargo achacar á ningún gobierno, lo que reconoce por causa esa continuidad de errores que son siempre compañía inseparable de todos los pueblos, y de todas las civilizaciones.

Pero aún más lamentables son los errores de que nos venimos ocupando, cuando llegan momentos supremos para la nacionalidad, cuando peligran intereses tan caros para el que siente en su pecho un corazón leal, y cuando es indispensable el patriotismo de todos para que los recursos abunden, y sea fácil con su auxilio salvar la existencia de la sociedad amenazada.

Ahora bien, y ciñéndonos al caso concreto que motiva este artículo, las comisiones de vigilancia establecidas en las Aduanas de la isla de Cuba, reconocían ó nó una razón que motivase su existencia, cumplieron y cumplen en la actualidad con el encargo que se les ha confiado?

Mejor que nuestras palabras, mejor que cuanto pudiéramos decir como encarecimiento de las comisiones, hablará sin duda, á juicio de nuestros lectores, la historia misma de la institución que se combate.

Autorizada en 1822 la Intendencia de la Habana por un decreto de las Cortes, para variar en lo que fuere necesario las disposiciones que regían entonces la administración de las Aduanas, y deseoso D. Claudio Martínez de Píñillos, que desempeñaba interinamente tan importante cargo, de extinguir el contrabando que defraudaba notablemente los derechos del Tesoro, buscó medios, estudió proyectos, y después de considerar detenidamente la situación aflictiva de la Hacienda, y las reformas que podrían mejorar su estado, invitó á los principales comerciantes de la capital, para que, constituidos en asociación mercantil, le propusieran las medidas que estimaran necesarias; y después de discutirse ampliamente la forma de aumentar los recursos, organizando la administración, no se encontró otro medio mejor de realizar las patrióticas aspiraciones del Gobierno que el establecimiento de las comisiones de vigilancia en todas las Aduanas de la Isla.

Se reproducen en 1825 los antiguos fraudes,

disminuye la cuantía de las rentas, se teme, y con razón, la consecuencia de conflictos económicos, y se apela nuevamente á las comisiones inspectoras para que vigilen la cobranza de las Aduanas, y organicen de un modo estable una administración que se hallaba sobrado desatendida.

Ocurren posteriormente abusos, porque se alteró algo sin duda el personal que supo escoger el entendido señor conde de Villanueva, y otra vez se restableció en 1841 el servicio de vigilancia de aquellas Aduanas.

Vemos, pues, que siempre que se defraudaban de un modo manifiesto los derechos del Tesoro, que siempre que bajaban las rentas, las comisiones de comerciantes venían á corregir satisfactoriamente estos daños, y á dar al Estado los ingresos que le correspondían libres de los abusos de una mala administración. Se dice sin embargo, que los productos de las Aduanas han importado menos por este medio; asegura nuestro colega *El Sufragio Universal* que no han llegado ni con mucho á lo que producían en tiempo del sabio rentista señor conde de Villanueva, y olvida lastimosamente los tiempos y las circunstancias especiales de los que componían entonces la administración de la isla de Cuba.

Alejados de la agitación política de la Península, seguros en una posición que adquirían después de numerosos años de servicios, y confiados exclusivamente en sus trabajos para obtener un porvenir brillante en la carrera á que se dedicaban, se consagraban con asiduidad al estudio de las funciones que les correspondían, y hacían conocer á sus jefes inmediatos la verdad de sus merecimientos, facilitando de este modo á la autoridad superior de la Isla la acertada elección de los funcionarios que necesitaba. Así consiguió aquel inteligente funcionario organizar los servicios; así logró que las rentas subieran admirablemente, y que no fuera necesaria la vigilancia de los comerciantes.

¿Eran iguales, sin embargo, las circunstancias en que se encontraba la isla de Cuba en Julio del año pasado, al restablecerse las comisiones?

Con gusto quisiéramos consignarlo así; pero recordando las numerosas quejas de que se hacían eco muchas gentes, los expedientes gubernativos con que continuamente se intentaba corregir ciertas faltas, y la creciente baja que se declaraba en los valores públicos, no podemos menos de comprender que existían, aunque presentados quizás con sobrada exageración, motivos suficientes para adoptar una medida que limitara los excesos que se denunciaban.

En este criterio supieron inspirarse los señores Escario y Santos, y la general aprobación que mereció el restablecimiento de las comisiones y aun el disgusto de algunos, ofrecen á nuestro juicio bastante testimonio para comprender que se respondió acertadamente á una necesidad experimentada por todos.

A *El Sufragio Universal* le parece, no obstante, que la intervención y la vigilancia de un simple particular es inoportuna y vejaminosa para la dignidad del funcionario del Estado, y encarece al Sr. Moret la conveniencia de disolver cuanto antes las comisiones, dejando expedita la acción administrativa de su molesta inspección.

Ignoramos el juicio que formará el señor ministro de Ultramar de estos consejos; pero si se fija, como creemos, en los favorables resultados que ha producido este medio, si considera que se ha empleado en la isla de Cuba siempre que han existido circunstancias idénticas á las que motivaron su restablecimiento, y que sería hoy funestísimo que la autoridad careciera de recursos materiales con que sofocar la insurrección, estamos seguros de que se opondrá á adoptar una medida, contraria á las lecciones de la experiencia, y á las necesidades actuales de aquella Antilla.

Los enemigos de España no luchan sólo con las armas contra nuestros valientes hermanos; apelaron primero á las reformas políticas como causa de agitación; buscaron luego en el sistema tributario elementos nuevos de numerosos disturbios, y de uno en otro pretexto se dirigen siempre á la ruina de nuestra nacionalidad, que es el objeto principal de sus equivocadas aspiraciones.

Meditese por lo tanto en las consecuencias que tendria para la autoridad española la falta de recursos con que sostener la guerra; apréciense en lo que valen las complicaciones de una crisis comercial, y no se abandonarán seguramente las comisiones inspectoras de las aduanas, que contribuyen hoy al aumento de las rentas, y á la corrección de abusos que se deploraban.

Insertamos á continuación la carta que un acaudalado propietario de la isla de Cuba ha dirigido á un importante funcionario de esta capital:

«HABANA 15 DE MARZO DE 1870.

Muy señor nuestro y de nuestra más distinguida consideración: Hemos recibido su favorecida de 12 del pasado y agradecemos á nuestro común amigo, que entregará á Vd. ésta, que nos haya

proporcionado la satisfacción de ofrecer á usted nuestros servicios y respetos.

Como en su apreciable resplandeciente la mayor franqueza y lealtad, nos permitirá Vd. que le contestemos con igual lealtad y franqueza á cuantos estremos contiene, por más que procuremos hacerlo con toda la concisión que exigen los naturales límites de una carta.

Ni nosotros ni el conjunto de los españoles de Cuba, insulares y peninsulares, hemos dudado nunca del acendrado patriotismo del Gobierno de la nación, ni de las dignas personas colocadas en puestos oficiales, al lado de los señores ministros. Si hubiéramos abrigado algún momentáneo temor, no habría tardado en desvanecerse la largueza con que el Gobierno ha enviado á la Isla de Cuba batallones sobre batallones, en circunstancias harto difíciles en la Península, para que defendieran con nosotros la integridad del territorio español y la bandera nacional. Los que nos hayan presentado como enemigos del Gobierno, ó poco dispuestos á obedecer sus supremas disposiciones, nos han calumniado; porque nosotros hemos sostenido siempre el principio de que solamente acatando y cumpliendo las órdenes del poder central, sea el que fuere, puede conservarse la integridad de la nación, y á esta integridad sacrificaremos ahora y siempre nuestras especiales afecciones, nuestros intereses y nuestras opiniones personales en política.

Sabemos que se nos ha tachado de intransigentes, de poco liberales, de enemigos sistemáticos de toda clase de reformas, y hasta de personalmente interesados en el sostenimiento de los abusos. Esta acusación no ha tenido mayores fundamentos que los de la más incidental que acabamos de rebatir. El gran partido español de la isla de Cuba se compone necesariamente de hombres de distintas opiniones políticas, contándose entre ellos muchas personas procedentes de la Península, que habían militado en ella en las filas de los diferentes partidos, desde el carlista al republicano; pero todas las individualidades han tenido la abnegación y el patriotismo necesarios para sobreponer la nacionalidad á la política y fundirse en el gran partido español, sin decir de dónde venían ni preguntar á dónde iban, sin cuidarse de que se sentara á su lado un monárquico, un moderado ó un demócrata.

¿Y por qué hacían esta gene rosa abstracción?... Porque en frente del partido español estaban viendo al partido independiente, al partido enemigo irreconciliable de España, disfrazado con la máscara de liberal y pidiendo una asimilación que no quería y que ha rechazado con desden cuando la ha tenido en la mano. Todos los que se han levantado en armas, todos los que los defienden y auxilian desde el extranjero, y muchísimos de los que aún conservan el embozo, han sido independientes con el disfraz de reformistas políticos; y por eso los que los conocíamos bien, los que somos españoles antes que todo, hemos mirado con prudente desconfianza las reformas que ellos proponían, porque abrigábamos y aún abrigamos hoy la persuasión íntima de que las emplearían como un arma de dos filos para conseguir lo antes posible la apetecida independencia.

Dirigiéndonos á un buen español, altamente colocado en las regiones del Gobierno y que puede hacer mucho bien ó mucho daño á las Antillas españolas y á la madre patria, debemos hablarle, ya que bondadosamente nos ha ofrecido la oportunidad de hacerlo, con la mano sobre el corazón y decirle toda la verdad con la franqueza que permite una carta confidencial. El partido español de la isla de Cuba no es tímido y hasta receloso si se quiere porque los individuos que lo componen sean poco liberales, ni se constituye en paladin del principio de autoridad por el solo placer de estar sujeto á la voz de un gobernante dotado de las más amplias facultades; teme las reformas y se somete con el mayor gusto á la potestad gubernativa del representante de la nación, porque comprende que se necesita una mano muy vigorosa para tener firmes las riendas del Gobierno en una provincia tan distante de la metrópoli y en donde el partido separatista, que no se arrepiente ni se enmienda, puede agitar tan heterogéneos elementos, diferentes en condición y raza, sin más que hacer mal uso de las libertades de imprenta, reunión y asociación, como ya lo hemos experimentado.

Si en la península, además de los diferentes partidos que dividen la población, existiera uno aproximadamente igual á todos los demás en número, y que pudiera arrastrar tras sí á muchos hombres de distintas condiciones y razas, ¿creerían los partidos más liberales, pero eminentemente españoles al mismo tiempo, que podían poner en manos de estos enemigos de la patria todas las armas, legales ó ilegales, que proporciona una ilimitada libertad y que pueden tomarse del arsenal de una Constitución democrática? Estamos seguros de que reflexionarían los buenos españoles que fueran á constituir la península, como nosotros reflexionamos, y que antepondrían la salvación del Estado á sus doctrinas y á sus compromisos políticos, como nosotros los anteponeamos.

No somos intransigentes sistemáticos dentro de la nacionalidad perfecta, y hemos llevado hasta el último límite nuestro buen deseo de avenencia; pero Vd. comprenderá que no podemos tran-

sigir con los que proclaman la independencia ó proponen la autonomía, y que aplaudirá nuestra conducta porque en este punto es Vd. tan intransigente como nosotros. Hemos creído que, en medio de la guerra civil no debía hacerse ninguna clase de reformas políticas ni sociales, y así lo hemos manifestado lealmente, y creemos que después de estar completamente tranquila la tierra y más en calma los espíritus, debe estudiarse, medirse y pesarse muchísimo la organización constitutiva que han de tener las dos Antillas españolas; y hemos dicho las dos Antillas, porque tienen muchísimos puntos de contacto, los que han dado márgen á que pidamos respetuosamente á las Cortes el aplazamiento de la discusión del proyecto de Constitución para Puerto-Rico. En una palabra, el partido Español ha creído y cree que su división en fracciones, traería necesariamente la pérdida de la isla de Cuba para España y para la civilización, y ha tenido la noble abnegación de permanecer siempre unido.

Supongamos por un momento que hubieran hervido en su seno todas las pasiones políticas, que hubieran pertenecido sus hombres á partidos militares y bien definidos como los que existen en la Península. ¿Qué habría sucedido en la isla de Cuba al verificarse en la Metrópoli cada uno de esos cambios radicalísimos que han cambiado casi por completo las instituciones y los hombres del Gobierno y la Administración? ¿Se habrían resignado los moderados ó los progresistas de acá á dejar el poder, porque lo disponía así una orden de los progresistas ó de los moderados de allá? ¿Y si no la obedecían, no constituiría esta resistencia un primer paso hácia la emancipación, y tal vez una guerra civil en el seno de cada Antilla? Para una persona sumamente entendida en asuntos políticos nos parece lo suficiente haber formulado estas preguntas.

Si la pasión política hubiera sido un constante compromiso para la madre patria, el bien calculado indiferentismo del partido Español en Cuba y Puerto-Rico ha sido una inmensa ventaja para todos los gobiernos y partidos que se han sucedido en la Península de un tercio de siglo á esta parte. Los primeros no han encontrado resistencia de ningún género y han conservado sin esfuerzo la integridad de la nación; muchos hombres de los segundos han encontrado en Cuba y Puerto-Rico la tranquilidad que no podían disfrutar al otro lado del Atlántico y los recursos necesarios para atender á sus necesidades y las de sus familias. ¿Habría sucedido esto si el partido Español hubiese estado dividido en fracciones políticas bien determinadas? De ningún modo, porque el antagonismo y la rivalidad se dejaría sentir aquí con más fuerza que en la Península y con más nocivos resultados. Aunque no agotada ni con mucho la parte política, pasaremos á la social, pues ya va teniendo largas dimensiones esta carta.

El partido Español no piensa siquiera en que se conserve la esclavitud indefinidamente y en las condiciones en que ha estado. Dispuesto está á abordar la cuestión social, y conforme en un todo con lo que Vd. dice en su favorecida, sólo desea que se resuelva «sin perturbar intereses y con la prudencia necesarias». Y no se crea que nos preocupamos solamente de los intereses de los dueños de esclavos, por respetables que estos sean; nos preocupamos mucho más de los intereses de la comunidad y de la suerte de los esclavos, que podrían perder mucho por regla general al cambiar bruscamente de condición, como sucedió recientemente en los Estados de la vencida Confederación del Sur. Nos preocupamos de la comunidad, porque una poco meditada y rápida emancipación, disminuiría la producción hasta tal punto, que la población de la isla de Cuba pasaría sin gradación alguna de la abundancia á la miseria; y nos preocupamos también de la comunidad, porque una emancipación imprudente ha dado márgen á dos soluciones violentísimas y opuestas: la una es, que la raza blanca se ha visto en la necesidad de ir exterminando la raza negra, para no ser por ella dominada, como ha sucedido en alguna de las Antillas inglesas y empezó á suceder en los mencionados Estados del Sur, ó la raza negra expulsa y extermina á la blanca como ha sucedido en Santo-Domingo y Haití. Nos preocupamos de la suerte de los esclavos por lo que dejamos expuesto, y porque si al emanciparlos no se les hace adquirir ciertas necesidades que los estimulen al trabajo y les hagan desear algunos goces propios de la civilización, irán exagerando día por día su natural indolencia y se sumarán más y más en el letargo de la barbarie.

Es imposible, de todo punto imposible, que en estas latitudes trabaje el blanco para el negro, y desde el momento en que este se niega á trabajar reenumerado, aquel tiene que irse convirtiendo por fuerza en su enemigo, porque vé en él un estorbo y una amenaza. Al emancipar los esclavos de las Antillas españolas, y muy especialmente los de Cuba, es preciso tener muy presente una circunstancia digna de llamar la atención del Gobierno, de las Cortes y de los filántropos. Esta circunstancia es la siguiente: En una población de seiscientos mil personas de color, cuenta esta Isla doscientas treinta mil libres: pues bien, de estas doscientas treinta mil no existe una sola que se dedique como jornalero á las faenas de la agricultura. En esta existe toda la riqueza de

esta gran provincia española, y si la emancipación la privara de brazos útiles, la isla de Cuba llegaría en breve á tal estado de pobreza que sería gravosa para España y acabaría por convertirse en un estado negro y miserable.

No exponemos simples aprensiones, ni nada de lo que decimos envuelve ni remotamente la idea de oponernos á una lenta y regular emancipación, que las circunstancias y las ideas generales de los pueblos cultos y cristianos han hecho indispensable; por lo mismo que somos los últimos, debemos aprovechar las lecciones de la experiencia, y supuesto que la emancipación se hace en nombre de la civilización es preciso realizarla de modo que la civilización no salga perdiendo con ella. «A todos los que los conocemos nos han parecido muy bien los breves apuntes respecto á la abolición de la esclavitud que se nos han remitido, y desde luego los adoptamos como base de los estudios que estamos haciendo sobre una cuestión tan vital. Agradecemos á Vd. mucho que se proponga reunir un censo exacto y otros datos para hacer el concienzudo estudio de un asunto tan vital para este país, y que tanto puede influir en lo social, en lo económico y en lo político, pues ha de afectar á las costumbres, á la producción y á la vida pública.

Esperamos que Vd. nos dispensará la extensión de esta carta y la franqueza suma con que en ella nos explicamos sin velar ni uno solo de nuestros sentimientos. Esperamos todavía más: esperamos que Vd. será uno de los más ardientes defensores del partido Español en Cuba, lo mismo en el Ministerio que en las Cortes, aprobando que rehuya la política militante para consagrarse por completo á la defensa de la integridad nacional.

Aprovechamos esta oportunidad para ofrecerles con la mayor consideración, sus afectísimos seguros servidores, Q. B. S. M.»

Lamentable nos parece siempre, que el escritor público se deje arrebatar por el despecho y prefiera incurrir en nuevos errores, á la reparación de una falta ó al silencio que aconsejan la razón y la conveniencia general. Una mala causa no se hace buena porque se apuren el lenguaje de los sarcasmos y los recursos de la invención. Muy lejos de ser así se aumenta el desprestigio y la impopularidad con los alardes de inoportuna tenacidad, y con la aglomeración de argumentos inexactos; y esto recuerda á todos aquella máxima del Sábio tan conocida como poco observada: «Del prudente es errar, del que no lo es, perseverar en el error.»

Podemos expresarnos así al contestar al nuevo artículo titulado: *Los Voluntarios de la Habana*, que ha aparecido en *El Universal* de 6 del corriente. Hay en él mucha pasión, poca calma; muchos desahogos injustos, poco acierto en los raciocinios; mucha incomodidad, pocas muestras de conocimiento de los hechos.

Nosotros, sin abandonar el estilo templado y la moderación que debe siempre observarse en una controversia ante el público, vamos á demostrar á ese periódico algunas de las equivocaciones en que ha incurrido.

La protesta que el partido leal ha dirigido desde Cuba á la Nación, no es la expresión especial de los Voluntarios de aquella Isla, que tanta animosidad inspiran á algunos aquí; es la manifestación de todos los hombres que alientan allí por España, y la suscriben el anciano y el joven, el que ha tomado las armas en servicio de la patria, y el que no forma en las filas de aquellos valientes; el peninsular y el insular, sin distinción de posiciones sociales, sin más deseo que el de consignar su reprobación á la idea de venta ó cesión de aquellas tierras al extranjero.

Mas de 77.000 firmas autorizan ya ese documento inapreciable, que según *El Universal* tan rechazado fué (¿por quién?) y que tan mal efecto produjo en todas las clases. Existen los cuadernos originales en la Redacción de LA INTEGRIDAD NACIONAL, y han sido examinados por algunas personas que han tenido la satisfacción de encontrar en ellos los nombres de sus amigos y de reconocer la veracidad de esas firmas.

Pero hay en las páginas de esos legajos circunstancias que son muy atendibles, por su alta significación.

En muchas localidades de campo, en que no están los Voluntarios de la Habana, no ha sido la protesta impresa la suscrita por los habitantes. Leído ese documento en los periódicos, se han formulado enérgicas declaraciones adhiriéndose á él, y aún en alguna población las señoras han consignado también la lealtad de sus deseos, concurriendo á la manifestación

pública y solemne que se hace ante nuestros compatriotas de la Península.

Y aún ha ido más allá el mal efecto que ha producido la protesta en todas las clases. La prensa aquí va demostrando su aprobación á esa declaratoria, y ya en algunas ciudades de la madre patria se formulan idénticas espresiones de la lealtad indignada.

Si de ello desea una prueba nuestro contricante, le remitimos al número anterior de este periódico, en el que encontrará una adhesión de muchos vecinos de una villa de Cataluña, á la que indudablemente imitarán otras de la monarquía.

Y debemos ahora dar al *Universal* la explicación de nuestra conducta al reproducir su anterior artículo en las columnas de nuestro papel, porque no la ha comprendido.

No sólo quisimos esa vez complacerle consignándolo íntegro antes de publicar la merecida respuesta, sino que consideramos que sería una gran injusticia privarle de la popularidad que por su escrito tiene innegable derecho á alcanzar.

El lauro de pedir y sostener la desmembración del territorio nacional, sea suyo: deber es contribuir á que en todas partes se reconozca que le pertenece, por más que nosotros seamos sus contrarios en tan patriótico deseo. Si después de ese acto de equidad nuestro, viere pronunciarse la opinión á favor de los que han alzado la voz desde Cuba contra el ineficaz pensamiento de venta ó cesión de esa provincia, culpe á la ignorancia de tantos periodistas y á la ceguedad de tantos pueblos como se inspiran en esas añejas ideas de ridículo patriotismo y de intemperante dignidad que arrastraba ántes y que todavía lleva al español á acometer empresas, que nosotros tenemos la torpeza de llamar heroicas y que algunos denominarán salvajes. Para desvanecer el grito de esa opinión tienen nuestros adversarios un recurso poderoso: calificar á los que así se espresen de dóciles instrumentos de bastardas miras de restauración borbónica, de egoístas que aspiran á medrar con los bienes confiscados en Cuba, de sostenedores del exclusivismo, de la tiranía y de la esclavitud; que de seguro lograrán así una reacción en los espíritus y llevarán el convencimiento á las inteligencias.

Porque es lógico que todo el que se oponga á que España pierda sus provincias de Ultramar, es un conspirador borbónico; todo el que desee que no desaparezca nuestra bandera del mundo descubierto y civilizado por nuestros padres, un egoísta codicioso de la propiedad de los rebeldes; y todo el que anhele la conservación de esas islas tan necesarias para nuestro comercio y que habitan nuestros hermanos, un tirano y un esclavista.

Lo que no nos es dado comprender, es por qué los ciudadanos de los Estados-Unidos que mantuvieron una guerra horrorosa y desoladora para impedir que las provincias del Sur de la república se separasen y constituyesen en nación independiente, que devastaron comarcas enteras y llevaron el incendio y la muerte consigo, tenían justicia, ejercían un derecho, sostenían una causa santa, y España, nuestra patria, no será equitativa y justa sino haciendo lo contrario.

Y tanta confusión nos causa esa diferencia de apreciaciones, que á veces nos parece un sueño todo lo que leemos en documentos que tenemos en nuestro poder y que acreditan los actos de terrible severidad ejecutados en esa lucha de secesión, mantenida para ahogar las aspiraciones de Estados soberanos y coronada con la sumisión forzada de un pueblo numeroso.

Para que *El Universal* pueda hacer comparaciones entre los valientes voluntarios que en Cuba defienden nuestra nacionalidad y los que en los Estados-Unidos vencieron á la confederación del Sur, le ofrecemos ocuparnos de esa guerra sangrienta entre las dos fracciones de la república, y estamos ciertos que le será difícil después continuar prodigando á nuestros compatriotas de Cuba las halagadoras frases con que pretende lastimarlos.

Y no es que en las faltas ajenas querramos buscar la excusa de las propias; estas no existen: y también sabremos demostrarlo al contestar á otro periódico que en estos días ha citado hechos que por ahora queremos llamar equivocados.

La Buena Causa, periódico de Vitoria, dice lo siguiente:

«Del *Círculo Carlista Alavés* se ha remitido al *Casino Español* de la Habana el siguiente documento:

«A nuestros hermanos de Cuba:

Los carlistas de Vitoria han visto con mucha satisfacción la enérgica protesta que el *Casino Español* de la Habana y los voluntarios han formulado contra el rumor de que se trataba de vender la Isla a los Estados-Unidos, y se adhieren de todo corazón a esa protesta.

Si, leales españoles y cubanos: Vuestros hermanos de la Península abundan en vuestras ideas y en vuestros sentimientos, y no han de dejaros perecer sin auxilio al otro lado de los mares. Si es necesario que vayan en vuestro socorro, allá volarán a derramar su sangre en defensa de la honra y de la integridad nacional.

No temáis que el éxito corone las maquinaciones inicuas de los que quieren apartaros para siempre de la gran familia española: no temáis que los traidores lleguen a desengañar esa perla de la corona de Castilla. Toda la nación os aprecia y os admira; y a toda la nación, como a nosotros, tenéis a vuestro lado.

Vitoria, día de San Prudencio, patron de Alava, 28 de Abril de 1870.

Siguen más de 1.000 firmas.

A nombre de nuestros hermanos de América dirigimos una sincera expresión de gratitud al *Círculo Carlista Alavés*, que inspirando en un sentimiento de noble patriotismo se ha adherido a la protesta del *Casino* de la Habana.

Noble y digna, como esperábamos, va siendo la respuesta que cada población dirige al llamamiento de los leales de Cuba sobre el inicuo proyecto de vender esa provincia al extranjero, iniciado por dos periódicos de esta capital.

El altivo y generoso carácter español no ha decaído, exclamamos al leer el siguiente documento que para su publicación nos remiten desde la localidad en que ha sido formulado:

«A LOS ESPAÑOLES INSULARES Y PENINSULARES EN CUBA.

El pueblo español, este pueblo tan amante de sus glorias patrias como entusiasta defensor de su integridad nacional puede dejar de admitir la enérgica y leal protesta que el *Casino Español* de la Habana le dirige, con motivo del malhadado proyecto de vender ó ceder a una Nación extranjera la más preciosa de nuestras Antillas?

Los abajo firmados, celosos de la honra y de la dignidad de España, se adhieren gustosos y hacen suyos los patrióticos sentimientos de fidelidad a la madre patria, manifestados por los valientes defensores de Cuba en su citada protesta, y junto con ellos piden al resto del pueblo español que rechace con todas sus fuerzas y con la noble altivez de su carácter la antipatriótica y no menos despotica idea de vender ó ceder a los extranjeros una de nuestras más grandes y ricas provincias ultramarinas.

Ceder ó vender a Cuba en premio de los importantes servicios de sus leales habitantes, ó en recompensa a su acendrado españolismo en la lucha fratricida que sostienen con tanto valor como abnegación, sería un acto altamente deshonesto para insulares peninsulares y españoles todos, que mancillaría las más brillantes páginas de nuestra Historia.

Ceder ó vender a Cuba por los grandes sacrificios que nos impone en momentos como los actuales, sería patentizar a las demás naciones una impotencia y una falta de patriotismo hasta ahora desconocidos en nuestros anales.

Ceder ó vender a Cuba como un negocio lucrativo para España, fuera mancillar nuestra alta dignidad nacional y empequeñecer nuestros sentimientos patrios ante los demás pueblos civilizados del globo.

España no necesita desmembrar su territorio para aumentar los recursos de su Tesoro: bástale para ello un Gobierno estable, una buena administración y un orden y justicia que garanticen la seguridad individual de sus habitantes, al paso que protejan y fomenten su agricultura, su industria y su comercio. La España es rica por su suelo y agradable por su clima, motivos poderosísimos para obtener una colonización grande y productiva para gobernantes y gobernados.

Por esto protestamos y protestaremos siempre contra la venta de Cuba a naciones extranjeras, mayormente contando con la lealtad y el valor de sus dignos hijos, honra y gloria de nuestra España, por su heroísmo en la defensa de nuestros derechos, hollados y escarnecidos por unos cuantos ambiciosos de la vida y fortuna de nuestros adictos y hermanos.

Habitantes de Cuba! Si alguien osa levantar la denigrante enseña de vuestra esclavitud y de nuestra separación; si alguien se atreve a plantear de un modo formal entre nosotros tan inicuo como infame proyecto de vender ó ceder a los extraños vuestro hermoso y productivo suelo, vuestras familias y vuestro valor nunca desmentido, no olvidéis que en la noble y generosa España latén corazones que sacrificarían gustosos sus vidas y su fortuna en defensa de vuestros justos derechos, de vuestras libertades, y, sobre todo, por nuestra integridad nacional, que con justicia y valor sostenéis y proclamáis ante el mundo entero.

Cuba podrá ser más ó menos independiente de la madre patria en la administración ó régimen de sus intereses locales y en el uso de sus libertades; podrá ser otra de las provincias españolas en toda la extensión de la palabra; pero ¡vendida ó cedida, nunca!!! La España no se rebaja hasta el extremo de entregar a sus preclaros hijos por un puñado de oro, ni tampoco se anonada por la codicia y la traición de sus malos ciudadanos, siempre empeñados en perturbar su tranquilidad y su bienestar.

Con esta creencia y con esta esperanza, terminamos felicitando al *Casino Español* de la Habana por su patriótica protesta, asegurando a nuestros dignos hermanos insulares y peninsulares que pueden contar siempre con nuestra cooperación y apoyo para que jamás sea vendida, ni cedida a los extranjeros la leal Isla de Cuba.—Francisco Liagostera.—Narciso Cubias.—Joaquín Fraguinal.—Sebastián Andreu.—Tomás Andreu.—Pedro Estrada y Bernich.—Juan Andreu.—Miguel Font y Mata.—Jaime Lloveras y Ribas.—Simón Lloveras y Ribas.—Pedro Anglada.—Nicolás Morera.—Francisco Soler.—Pedro Soler.—Teleforo Izal y Deu.—Juan de Yllarramendi.—José Ribas.—Pedro Garriga.—José Villarrubi.—Juan Basart y Vilá.—Juan Basart.—Miguel Ballesta.—Juan Roig.—Ferreol Alsina.—Francisco Abras.—Juan Sala y Gros.—Amelio Garriga.—Antonio Carreras.—Benito Bascós.—Mannuel Corominas.—Fello Bascós.—Juan Maury.—Federico Villalonga.—José María Roselló.—Martín Aballí.—Silvestre Maury.—José Nadal (padre).—José Nadal (hijo).—Cárlos Plá.—Pedro Vila.—José Forest.—Narciso Andreu.—Gerardo Andreu.—Feliu Vidal.—Benito Arxer.—Daniel Maury.—Pedro Clará.—Nicolás Esteva.—Juan Gafas.—Manuel Figueras.—Benito Pagués.—Estevan Vidal.—José Mestres y Blanch.—Francisco Busquets.—Ignacio Viader.—Cristóbal Massana.—Joaquín Fraguinal y Arnus.—Pedro Busquets.—Antonio Rigau.—José Rasós.—José Liort.—José Romaguera.—Benito Bordas.—Narciso Bordas.—Nicolás Morera y Ferrer.—José Esteva.—Ramon Maury.—Nicolás Abellí (padre).—Jaime Gari.—Poncio Lloveras.—Manuel Martí.—José Bosch.—Benito Bosch y Olivé.—Benito Cateura.—Pedro Rabell.—Benito Ribas.—José Civils.—Pedro Puig.—José Ragolta.—Jaime Fradera.—Narciso Cubias (padre).—Manuel Llinás.—Manuel Dalmau.—Pedro Clará (hijo).—Nicolás Ribas y Molinas.—Juan Ribas.—José Sagrera.—Benito Carreras.—Pedro Carreras.—José Altarriba.—Miguel Mayol.—Antonio Rabasa.—Benito Plá.—José Busot.—Benito Bosch.—José Civils (padre).—Antonio Batet.—Miguel Buxeda.—Joaquín Sala.—Manuel Gafas.—José Guardia.—Francisco Palacio.—Feliu Anglada.—Pedro Arxer.—Juan Bertran.—Gerónimo Jordá.—José Sala.—Demetrio Ferran.—José Robert.—Juan Fortó (padre).—Juan Fortó (hijo).—Joaquín Arxer.—Juan Carlés.—Nicolás Ribas y Puig.—Ramon Franquesa.—Ramon Valls.—José Civils y Domingo.—Martirian Clará.—José Vilanova.—Joaquín Forest.—José Salles.—Jaime Sala.—José Comas.—Ramon Forest.—José Cruañes.—Gerónimo Cruañes (padre).—Gerónimo Cruañes (hijo).—Benito Gros y Albertí.—Jaime Gros y Albertí.—Juan Roig y Comadira.—Agustín Remus y Agustí.—Ignacio Comas.—José Quintana y Massanés.—José Comas y Pascual.—Sebastián Cristóbal.—Andrés Barñolas.—Juan Roura.—Jaime Risech.—Juan Roura (hijo).—José Quintana y Plá.—Luis Quintana y Plá.—José Remus y Giberta.—Narciso Remus y Giberta.—Francisco Fina.—Gerónimo Fina.—Juan Fina.—Juan Bastons.—José Martí y Bernich.—Andrés Lamerla.—Emilio Rovira.—Nicolás Anglada.—Salvador Vea.—Isidro Vicens.—Francisco Perez.—Baltasar Llorens.—Lorenzo Ferrer y Brusi.—Juan Proensal.—Juan Bartra.—Cárlos del Corral.—José Vergés.—José Patxot y Vilá.—Juan Cabarrocas.—Baldomero Lloveras y Roig.—Juan Remus y Ribas.—Sebastián Cateura.—Joaquín Anglada.—José Anglada.—Pedro Viader.—Feliu Anglada.—Juan Rexach.—Joaquín Balsells.—Miguel Noallas.—Benito Rabasa.—Pedro Juliá.—José Forest y Mundet.—Jaime Compañó.—Estevan Catalá.—Señores Coll y Buet.—Narciso Dausá.—Juan Bonill.—José Mascort.—Gerónimo Pou.—Gerónimo Pagés.—Fello Pagués.—Francisco Calmó.—José Sicars.—José Dalmau.—José Suris.—Juan Suris.—Juan Bernis.—Buena Ventura Más.—Pedro Mas.—Leandro Anglada.—José Anglada.—Felix

Arser (padre).—Felix Arser (hijo).—Adolfo Mennu.—José Orea.

San Feliu de Guisols, 1.º de Mayo de 1870.

A los diferentes rasgos de patriotismo que ha dado ya el Sr. D. Ramon de Herrera, hay que agregar otro, que tenemos mucho placer en hacer público. Léase la siguiente carta:

«Sr. Director del *Diario de la Marina*.

Muy señor mio: Hace algun tiempo ofreci trasportar gratis en mis vapores a los voluntarios de esta ciudad que, por asunto de servicio, se dirigieran a cualquiera de los puntos de escala de mis líneas; y ahora, con motivo de encontrarse en Nuevitas la brillante compañía de Guías del Exmo. Sr. Capitan General, que deberá trasladarse a otros de los puertos en que tocan mis vapores, ó retornar a éste, hago extensiva aquella concesión a todos los beneméritos voluntarios de la Isla, siempre que viajen como fuerza armada para combatir a nuestros enemigos, ó presten otros servicios militares.

Como esto es de interés general, ruego a usted se sirva disponer que se inserte en su apreciable periódico, en el concepto de que esto mismo comunico a todos mis corresponsales para los efectos consiguientes.

Anticipo a usted las más expresivas gracias y se repite suyo affmo. S. S. Q. B. S. M., Ramon de Herrera, Su casa, abril 13 de 1870.»

Dice *La Discusion* del 8:

«El juez de la Habana, D. Joaquín Fabre, que, como saben ya nuestros lectores, puso en libertad a los masones presos y fué depuesto de su cargo por el general Caballero de Rodas y embarcado arbitrariamente para la Península, ha llegado ya a Madrid, y en una conferencia tenida con el Sr. Moret, ha obtenido, segun se dice, la promesa de que será indemnizado de los perjuicios que en su carrera é intereses está sufriendo a consecuencia de la despótica medida de aquella autoridad.

¿Y dejará el Gobierno sin correctivo el inusitado ataque de que ha sido victima el poder judicial por parte del capitan general de Cuba?»

A nuestra vez preguntamos: ¿por qué siempre se piden en ciertos periódicos correctivos contra la autoridad que en Cuba sostiene la buena causa, y nunca contra los enemigos de España?»

Leemos en *El Telégrafo autógrafo*, periódico de París:

«Dicen los periódicos de Madrid que en estos dias ha llegado allí cierta cantidad procedente del club filibustero de París, con el objeto de influir en la opinion y en la prensa para que defiendan la independencia de la isla de Cuba. En efecto, se acaba de hacer una recoleccion de gruesas sumas por medio de una circular que tenemos a la vista y de la cual copiamos el siguiente peregrino párrafo:

«Como presidente de la junta central republicana de Cuba y Puerto-Rico, tengo el honor al par que la satisfacción de invitar a Vd., para que en la medida que esté a su alcance y que le dicte su entusiasmo, contribuya a los fondos patrióticos de esta junta: letras, billetes de banco, alhajas, garantías, cuanto pueda reducirse a dinero para auxiliar inmediatamente a nuestros heroicos hermanos, será recibido con gratitud por la junta.»

Sabemos que se ha hecho una suma respetable y que se ha remitido a Madrid.

Aunque tenemos la evidencia de que la prensa española rechazará con indignación toda idea humillante y toda proposición indecorosa a la integridad de nuestra patria y a la brillantez de nuestra historia, nos creemos en el caso de dar la voz de alerta a nuestros colegas de allende el Pirineo, para que no se dé ni una la posibilidad del

asqueroso espectáculo que dan algunos periódicos y algunos hombres de los Estados-Unidos.»

Acaban de llegar noticias de la Habana por la vía norte-americana. Son estas:

«Habana 19 de Abril.—Hoy fueron arrestados al desembarcar dos cubanos que venían de Nueva-Orleans.

Los periódicos de la Habana dicen, bajo la autoridad del secretario del capitan general, que los insurgentes no reconocen ya a Céspedes, y que han ofrecido la presidencia a Fortunó.

Cinco cubanos distinguidos de Puerto-Príncipe han dirigido un largo manifiesto a los insurrectos que están en el campo, aconsejándoles que rindan las armas.

En Managua, caserío a 20 millas de la Habana, se reunió mucha gente porque se dijo que la Virgen se había aparecido a dos muchachas. El gobernador fué allá, descubrió que todo era falso y mandó dispersar la gente que se había reunido allí.

El vapor americano *Severn* salió para Santiago de Cuba para averiguar el ultraje cometido con Mr. Phillips, cónsul americano en aquel puerto.

Se espera que toque en la Habana antes de dirigirse al Norte el acorazado *Dictator*.

Habana 20 de Abril.—El conde de Valmaseda publicó dos proclamas anunciando la entrada de los rebeldes, al mando de Modesto Diaz, en la jurisdicción de Bayamo, despues de un encuentro.

En Canto Abajo los insurgentes atacaron, tomaron y quemaron la capitania del Horno, despues de una lucha encarnizada en la cual se dice que murieron 35 voluntarios y 40 insurgentes, escapando milagrosamente los heridos españoles.

Seis batallones españoles van en persecucion de los insurgentes para impedirles que se metan en la Sierra.

Otro cuerpo de insurgentes opera de este lado del Cauto.

Hoy llegó aqui el *Missouri*, procedente de Nueva-York.

La suscripción en favor de la familia de Greenwald asciende a 6.500 pesos.»

Este último telegrama, en concepto de el *Cronista*, había sido confeccionado en Nueva-York.

Yucatan.—Los últimos periódicos de Mérida no reflejan suceso alguno notable. Las autoridades del Estado ponían gran empeño en combatir, por los medios que están a su alcance, las dos calamidades que afligen a la península. Es a saber: la guerra de castas y la escasez de cereales. Respecto de la primera, vemos que no se anuncian nuevas depredaciones de los indios, y esto prueba cuando menos, que el Gobierno ha sabido distribuir sus fuerzas convenientemente para tenerlos a raya; y en cuanto a la segunda, se había pedido al Gobierno nacional que dictase las medidas que facilitasen la introducción de maíz extranjero, concediendo franquicia de derecho a los que importen diez mil libras de dicho cereal, quienes podrán asimismo introducir sin pagar derecho alguno seis quintales de harina de trigo, ó siete de manteca, ó doce de frijol.

—La *Razon del Pueblo*, con el título de *Piratería*, refiere lo siguiente:

«Apresado el pallebot *Retorno*, capitan Poch, al frente del Progreso, en el acto de prepararse para echar en tierra clandestinamente su cargamento la noche del 2 del corriente, la comision del resguardo que tenía allí la aduana de Sisal, dejó a bordo de dicho pallebot diez hombres de tropa y un guarda para custodiarlo y conducirlo a Sisal; pero hacia la media noche, el capitan Poch, alzándose con el buque, emprendió la fuga, llevándose la gente y al guarda Pedro Castillo, prevalido de la mayor fuerza que contaba.»

MADRID: 1870.

Imp. de LA INTEGRIDAD NACIONAL, Dos Hermanas, 17.

LA INTEGRIDAD NACIONAL.

PERIODICO DEFENSOR DE LOS INTERESES CONSERVADORES EN LAS ANTILLAS ESPAÑOLAS.

PRECIOS DE SUSCRICION

En Madrid, al mes, 4 reales.—En provincias, el trimestre, 15 reales.—En el extranjero, el trimestre, 24 reales.

Se admiten suscripciones en la Administración de este periódico y en las librerías siguientes: Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, calle del Carmen; Universal, calle del Arenal, número 16; San Martín, Puerta del Sol; de la Victoria, pasaje Matheu.

Desde provincias y el extranjero se admitirán en libranzas directas a cargo del Administrador, lo ménos por un trimestre.

ANUNCIOS.—Siendo este un periódico de gran circulación en las Antillas Españolas, se admiten anuncios a precios convencionales,